

15.
CORAZÓN DE JESÚS
EN QUIEN HABITA TODA LA PLENITUD
DE LA DIVINIDAD

Cor Iesu, in quo habitat omnis plenitudo divinitatis

P. Esteban Dumont, Sacerdote argentino
Monje misionero en Turquía

«Esta letanía nos introduce en el misterio de Cristo: Dios-Hombre, que alcanza una profundidad particular cuando miramos a la Cruz «¡He aquí el hombre! ¡He aquí el Crucificado! ¡He aquí al Hombre totalmente despojado! ¡He aquí al Hombre *destrozado a causa de nuestros pecados!* ¡He aquí al Hombre *cubierto de oprobios!* Y, al mismo tiempo: ¡he aquí al Hombre-Dios! En Él habita toda la plenitud de la divinidad»¹.

Imaginémonos a Jesucristo Nuestro Señor mostrándonos su Sagrado Corazón con todos sus atributos divinos y perfecciones, y dentro de Él las tres Divinas Personas: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo; es decir, toda la plenitud de la deidad.

Pidamos en esta meditación «¡Sagrado Corazón de Jesús! En quien habita la plenitud de la divinidad, yo te adoro desde el abismo de mi nada con profunda humildad y reverencia, como a mi Dios y Señor, y te suplico que me permitas morar en ti, para que Tú, mi Dios y Señor te dignes también morar en mí»².

San Pablo en la carta a los Colosenses afirma que en Jesucristo habita la plenitud de la divinidad: *Mirad, que nadie os engañe con filosofías falaces y vanas, fundadas en tradiciones humanas, en los elementos del mundo y no en*

¹ SAN JUAN PABLO II, *Angelus* (15/9/1985).

² RAMÓN J. DE MUÑANA, *Las letanías del Sagrado Corazón de Jesús*, El Mensajero del Corazón de Jesús, Bilbao 1952, p. 245.

Cristo. Pues en Cristo habita toda la plenitud de la deidad corporalmente, y estáis llenos en Él, que es la cabeza en todo principado y potestad (Col 2,8-10).

¿Qué se entiende por «plenitud de la divinidad»?

San Pablo escribe que en Cristo *habita toda la plenitud de la deidad*, es decir, la plenitud de las perfecciones divinas y toda la Santísima Trinidad, es decir, las tres Personas Divinas en la unidad de una sola naturaleza divina.

Pero dice además San Pablo que habita toda la plenitud de la deidad en Cristo *corporalmente*, ya que el Verbo se encarnó y se manifiesta de una manera tangible en su sagrada humanidad.

Es por eso que podemos decir que el Padre está en el Hijo y en el Espíritu Santo; y que el Hijo está en el Padre y en el Espíritu Santo y que el Espíritu Santo está en el Padre y en el Hijo, porque cada una de las tres personas está en la misma naturaleza divina y con ella se identifica.

Y porque donde está el Hijo también está el Padre y el Espíritu Santo, afirmamos que en la naturaleza humana de Jesucristo, en su Corazón divino, están también el Padre y el Espíritu Santo, aunque por distinta razón.

Como explica San Francisco de Sales «Así como el hierro encendido tiene la naturaleza del hierro y del fuego, pudiéndose llamar hierro y fuego al mismo tiempo, así Jesucristo es verdadero Dios por razón del fuego de su divinidad y verdadero hombre por razón del hierro de su humanidad. Pero como el hierro encendido no deja de ser hierro duro y pesado, por más que esté unido al fuego, y el fuego no deja de ser fuego luminoso y ardiente, por más que esté unido al hierro, así la humanidad de Jesucristo no deja de ser pequeña y pasible aunque esté

unida a la divinidad, y la divinidad no deja de ser omnipotente y gloriosa, aunque esté unida a la humanidad»³.

Este es el gran misterio de la Santísima Trinidad que nosotros adoramos sin comprenderle, pero creyendo que «sólo hemos sido salvados, si Jesucristo comparte en su persona la plena vida divina»⁴.

Jesucristo el Verbo Encarnado es el «Camino» para ir al Padre y nadie va al Padre sino por Él (cf. Jn 14,6). Por eso, el confesar la divinidad de Jesucristo debe movernos, «a la práctica de las virtudes de la trascendencia: fe, esperanza y caridad, y, de éstas, a la urgencia de la oración y contemplación incesantes, y a la conciencia de la necesidad de las purificaciones activas y pasivas del sentido y del espíritu»⁵.

¿Cómo se manifiesta la divinidad en el Corazón de Jesús?

Si bien la plenitud de la divinidad está en toda la humanidad de Jesucristo, es decir, en su alma y en su cuerpo, la adoramos principalmente en su Corazón divino ya que es símbolo de su voluntad y amor. Su Sagrado Corazón «viene a ser como un santuario donde se recogen y concentran los atributos divinos, para bien de nuestras almas»⁶.

Adoramos la divinidad en su Sagrado Corazón, porque dada nuestra pobre y miserable condición de pecadores, necesitamos un Dios que tenga compasión de nosotros y nos otorgue su perdón; y estos divinos atributos, es decir, su amor, su misericordia y perdón, se manifiestan más palpables en su Corazón divino. Como escribía San Rafael Arnáiz:

³ Citado en RAMÓN J. DE MUÑANA, *Las letanías del Sagrado Corazón de Jesús*, pp. 253-254.

⁴ SAN JUAN PABLO II, *Alocución a la Comisión Teológica Internacional* (06/10/1981), 4; OR (25/10/1981), p. 12.

⁵ *Directorio de Espiritualidad del Instituto del Verbo Encarnado*, «La divinidad de Jesús», 22.

⁶ RAMÓN J. DE MUÑANA, *Las letanías del Sagrado Corazón de Jesús*, p. 257.

«Solo el insensato que no adore la Pasión de Cristo, la Cruz de Cristo, el Corazón de Cristo, puede desesperarse en sus propios dolores»⁷.

San Agustín en sus *Confesiones* nos habla acerca de cómo se nos manifiesta la divinidad en el corazón de Jesús: «Pregunté a la tierra si era mi Dios, y díjome que no, y todas las cosas que hay en ella dijeron lo mismo. Pregunté al mar y a los abismos y a todos los animales que hay en ellos, y respondiéronme: No somos tu Dios; búscalo sobre nosotros. Pregunté al aire y a todas las cosas que moran en él, y confesó y dijo: No soy tu Dios. Pregunté al cielo, al sol, la luna y las estrellas, y también me dijeron: No somos tu Dios. Y finalmente pregunté a todas las cosas que están fuera de mí, y pedí que me diesen nuevas de mi Dios; y todas a grandes voces me dijeron: Él nos ha criado. Pasé adelante y pregunté a esta máquina del mundo: Dime, ¿eres tú mi Dios, o no? Y me respondió con vos sonora: No soy yo, más por Él existo; el que buscas en mí, Ése es el que me hizo. Búscale sobre mí, que Él es el que me rige y el que me fabricó»⁸.

Jesucristo dijo *El Padre y yo somos una sola cosa* (Jn 10,30), *...quien me ha visto a mí ha visto al Padre* (Jn 14,9). Esto significa que para poder ver a Dios, para poder encontrarlo, no tenemos más que acercarnos al Corazón de Jesús.

En ese Corazón divino encontramos a Dios, pero un Dios *anonadado* como nos enseña San Pablo: *Se anonadó a sí mismo, tomando forma de siervo y haciéndose semejante a los hombres* (Flp 2,17). Y es justamente en ese anonadamiento de su Corazón divino, destrozado por nuestros pecados, donde vemos la grandeza de su amor por nosotros.

⁷ JUAN ANTONIO MARTÍNEZ CAMINO, *Ejercicios Espirituales con el Hermano Rafael*, en *Dios y mi alma* (7/4/1938), 1144 (1147).

⁸ SAN AGUSTÍN, *Confesiones*, libro X, cap. V, n. 150.

Nuestro Señor por medio de su Corazón divino nos llama permanentemente a la conversión, quiere que entremos en su corazón para que Él pueda entrar en nosotros y así tomar posesión de nuestra vida. Nos abraza paternalmente con su misericordia de buen padre como con el hijo pródigo (cf. Lc 15). Quiere darnos la vida divina de la gracia para poder entrar en nuestro corazón y en él reinar para siempre, de tal manera que lo amemos y busquemos cumpliendo su santa voluntad en todas las cosas.

Terminar con un coloquio de amor con Nuestro Señor. Jesucristo, nuestro Dios por la plenitud de la divinidad y nuestro hermano por la naturaleza humana, nos invita a poner nuestra morada en su amable Corazón. Y nosotros ¿de qué modo vamos a responder a su llamado?

«Quien me diera Dios mío, que yo no tuviera otra vida que la de tu Corazón divino; ni otro sentir, ni otro pensar, ni otro querer. ¡Oh mi buen Jesús!, permíteme la entrada en ese tan dulce Corazón, aunque ya sé que no lo merezco por mis ingratitudes y pecados. Más todavía: oblígame a entrar. Señor a pesar de mi resistencia, con la fuerza omnipotente de tu gracia. Y si algún día pretendiera salir de tan santa morada, no lo consientas Señor; antes quítame la vida pues sólo la quiero para emplearla en tu divino servicio»⁹.

⁹ RAMÓN J. DE MUÑANA, *Las letanías del Sagrado Corazón de Jesús*, p. 259.